

**NUEVO GOBIERNO:
DESAFIOS DE LA RECONCILIACION
CHILE 1999 - 2000**

2 - ABRIL - 2001

SC

Doc. 1

Gen. 1

FLACSO-Chile

Libros FLACSO-Chile

**Nuevo Gobierno:
desafíos de la reconciliación.
Chile 1999 - 2000**

Las opiniones que se presentan en los trabajos, así como los análisis e interpretaciones que ellos contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de FLACSO-Chile, ni de las instituciones a las cuales se encuentran vinculados.

Ninguna parte de este libro/documento, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna ni por algún medio, ya sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización de FLACSO-Chile.

4110 La publicación de este libro, que recoge parte de las actividades de FLACSO, ha sido posible gracias a la colaboración de la Fundación Ford, The William and Flora Hewlett Foundation, a través del apoyo a los diversos programas de la institución.

320
110

321.4(83) FLACSO-Chile
Nuevo Gobierno: desafíos de la reconciliación. Chile
1999 - 2000
F572nu Santiago, Chile: FLACSO-Chile, 2000.
413 p.
ISBN: 956-205-150-1

CASO PINOCHET / DERECHOS HUMANOS / TRANSICION
POLITICA / DESARROLLO ECONOMICO / EDUCACION /
ELECCIONES PRESIDENCIALES / POLITICA Y GOBIERNO /
MEDIO AMBIENTE / PARTICIPACION CIUDADANA /
ANUARIO / CHILE

© 2000, FLACSO-Chile. Inscripción N° 117.807. Prohibida su reproducción.
Editado por FLACSO-Chile, Leopoldo Urrutia 1950, Ñuñoa
Teléfonos: (562) 225 7357-225 9938-225 9655 Fax: (562) 225 4687
Casilla electrónica: flacso@flacso.cl
FLACSO-Chile en Internet: <http://www.flacso.cl>

Producción editorial: Carolina Stefoni, Marcela Zamorano, FLACSO-Chile
Diagramación interior: Marcela Contreras, FLACSO-Chile
Diseño portada: A•Dos Diseñadores
Impresión: Ventrosa Impresores S.A.

INDICE

Presentación	5
--------------------	---

CHILE Y LAS AMERICAS

La reconciliación nacional en América Latina. Utopía y "pomada" de los noventas <i>Brian Loveman</i>	9
Economía y democracia en América Latina. Una perspectiva desde el estudio Latinobarómetro <i>Marta Lagos C.</i>	37
Seguridad humana: una perspectiva académica desde América Latina <i>Francisco Rojas Aravena</i>	59

CHILE EN UN NUEVO ESCENARIO POLITICO

Chile bajo la administración Lagos. El difícil camino al Palacio de la Moneda <i>Luis Maira</i>	77
Cambio, continuidad y proyecciones de las elecciones presidenciales de fin de siglo <i>Manuel Antonio Garretón M.</i>	97
El nuevo escenario político <i>Paul W. Drake</i>	109
Las elecciones presidenciales de 1999: la participación electoral y el nuevo votante chileno <i>Patricio Navia, Alfredo Joignant</i>	119
Las mujeres en las últimas elecciones presidenciales <i>Índira Palacios, Teresa Valdés</i>	145
Clivajes y competencia partidista en Chile (1990-1999) <i>Leticia M. Ruiz-Rodríguez</i>	159

VERDAD Y RECONCILIACION. LOS DERECHOS HUMANOS DESPUES DEL ARRESTO DEL GENERAL PINOCHET

La participación del ejército de Chile en la mesa de diálogo sobre los derechos humanos <i>Brigadier Juan Carlos Salgado</i>	193
---	-----

Mesa en diálogo de Derechos Humanos en Chile. 21 de agosto 1999 - 13 de junio de 2000	
<i>Elizabeth Lira</i>	203
Augusto Pinochet en Londres. El caso Pinochet en los noticiarios de televisión	
<i>Giselle Munizaga</i>	221
Hacia el fin de la impunidad: Pinochet en Londres	
<i>Laura H. Paxton</i>	231
Reacciones del gobierno chileno durante el caso Pinochet	
<i>Carlos Vergara</i>	243

DESARROLLO ECONOMICO Y MEDIO AMBIENTE

La economía chilena en 1999	
<i>Oscar Muñoz Gomá</i>	259
Los dos ejes de la tercera vía en América Latina	
<i>Roberto Patricio Korzeniewicz, William C. Smith</i>	277
Los ONG's ambientales, actores fundamentales de la gestión ambiental	
<i>Ana María Muñoz</i>	309

RELACIONES EXTERIORES

La política exterior durante 1999: la consolidación de los nuevos tiempos	
<i>Paz Verónica Milet</i>	325
Reflexiones sobre la cooperación horizontal de Chile	
<i>Sergio Gómez E.</i>	331

CIUDADANIA, PARTICIPACION Y POLITICAS SOCIALES

La causa mapuche y el caso Ralco en su contexto histórico y presente	
<i>José María Bulnes</i>	341
¿Varones con delantal? Padres populares en las actividades domésticas y crianza de los hijos	
<i>José Olavarría</i>	353
La educación en 1999. Memorándum para el 2000	
<i>Juan Eduardo García-Huidobro S.</i>	377
Comunidades virtuales y ciudadanos on line	
<i>Rodrigo Araya Dujisin</i>	391

CAMBIO, CONTINUIDAD Y PROYECCIONES DE LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE FIN DE SIGLO

Manuel Antonio Garretón M.*

Las elecciones presidenciales de diciembre de 1999 en Chile se realizaron al finalizar una década de gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia, la coalición de mayor estabilidad en este siglo, que sucedió a diecisiete años de dictadura militar encabezada por Pinochet. Recordemos que esta coalición está conformada por el Partido Demócrata Cristiano (centro), el Partido Radical Social Demócrata (centro-izquierda), el Partido por la Democracia (el más reciente creado en el momento del plebiscito de 1988) y el Partido Socialista (izquierda "renovada").

En relación a las dos elecciones presidenciales previas desde la recuperación democrática, la de 1989 en que fue elegido Patricio Aylwin y la de 1993 en que fue elegido Eduardo Frei Ruiz-Tagle, esta elección presentaba tres novedades importantes. Por primera vez no se realizaban estas elecciones en conjunto con elecciones parlamentarias. Por primera vez, el candidato de la Concertación, Ricardo Lagos, no pertenecía a la Democracia Cristiana sino al bloque Socialista-Partido por la Democracia y Partido Radical, habiendo derrotado en unas elecciones primarias al pre-candidato de la Democracia Cristiana, por un muy amplio margen. Por primera vez el candidato de la Concertación enfrentaba a un candidato único de la Derecha, Joaquín Lavín. Los resultados de las elecciones agregarían una tercera novedad, ésta inédita en la historia de Chile: por primera vez se realizaba una segunda vuelta entre los dos candidatos con más alta mayoría.

El clima electoral de fin de siglo

El clima electoral durante 1999 estuvo caracterizado, sin duda, por la desdramatización de las elecciones, lo que contrastaba con otras ocasiones similares en la historia del país.

Ello porque algunos pensaban que este país ya había entrado en "la nueva época". Para ellos, ésta estaría marcada por la democracia, la economía de mercado y la globalización. Pero consideraban que esta entrada la hizo Chile en forma tardía y sin la fuerza suficiente, por lo que habría que remover las

* Sociólogo, profesor. Departamento de Sociología, Universidad de Chile.

trabas que aún lo ataban a la sociedad del siglo XX y que impedían a la globalización y a la economía de mercado su plena realización. Muchos de ellos sostenían que la política debía estar al servicio de este proceso y que, por lo tanto, las elecciones presidenciales tenían sentido sólo para asegurar que Chile no se "quedara atrás". Otros no veían que los cambios de gobierno, las presidencias o la política pudieran jugar ningún rol crucial, como antes, en las transformaciones sociales y consideraban mejor que los gobiernos se dedicaran a administrar lo mínimo posible: la política es más bien irrelevante.

Ambas visiones eran compartidas, en grados diversos, por el mundo de la derecha y los empresarios.

Otra visión de esta cuestión provenía de sectores de izquierda fuera de la coalición gobernante. Ella giraba, principalmente, en torno a las posiciones del Partido Comunista y otras posturas alternativistas las que dieron origen a tres candidaturas presidenciales. Tal visión, aunque postulaba un cambio radical en lo que denomina el "modelo neo-liberal" administrado por la Concertación de Partidos por la Democracia, afirmaba la incapacidad de ésta, en cualesquiera de sus versiones más centristas o más izquierdistas, de realizar tales cambios, con lo que sólo era posible aprovechar esta elección para constituir un sector de opinión pública que expresara el descontento frente a lo que consideraban la "administración concertacionista de la herencia de Pinochet".

Por último, en la atmósfera intelectual y de opinión de la Concertación se habían dado dos estados de ánimo principales, en parte modificados al calor de la última etapa de la campaña. Por un lado, había quienes compartían la visión que no debía haber grandes programas de gobierno ni grandes ideas que significaran giros históricos. Ello no porque no creyeran en la importancia de la política, sino porque pensaban que esto sería volver al pasado de los proyectos globales o de tipo fundacional que polarizan a las sociedades y que, precisamente en el caso chileno, causaron el derrumbe de la democracia: el trauma de los sesenta y setenta parecía seguir presente. Esto se manifestaba para algunos también en un cierto temor al cambio de liderazgo en la Concertación desde la hegemonía demócrata cristiana durante los dos primeros gobiernos. al liderazgo del nuevo candidato presidencial Ricardo Lagos que expresaba más a los sectores de izquierda dentro de la Concertación (Partido Socialista, Partido por la Democracia y sectores del Partido Radical). Finalmente, los sectores de izquierda de la Concertación veían en su próximo gobierno la posibilidad de una transformación que, manteniendo los éxitos logrados por los dos primeros gobiernos de la Concertación, permitirían el giro para entrar en el próximo siglo. Con todo, el discurso predominante combinaba la continuidad económica con un cambio de

clima socio-cultural y donde la gran interrogante era la permanencia de la institucionalidad política heredada de Pinochet.

Es en este clima intelectual y cultural que se desarrolla la campaña presidencial que culmina en la primera vuelta de diciembre de 1999 y en la segunda, entre las dos primeras mayorías relativas Ricardo Lagos y Joaquín Lavín, en enero del 2000.

El rasgo predominante de esta campaña fue la imposición del estilo y temáticas de la candidatura de derecha, especialmente a través del uso de los medios de comunicación que, con la sola excepción de un par de radios y un canal de televisión, le brindaron su apoyo irrestricto.

Recordemos que Lavín era el candidato de una alianza que expresaba, por primera vez en el período post autoritario, a todo el espectro de derecha, bajo el predominio irrestricto del sector más duro y pinochetista liderado por el partido Unión Democrática Independiente. Sin embargo, el candidato buscó a todo costa, seguido en esto por la férrea disciplina de sus partidos de apoyo, despolitizar la elección y separarse de su imagen de hombre de derecha y pinochetista, criticando la política tradicional y hablando mucho más del cambio, aunque sin clarificar su contenido, y mucho menos de preservar la obra del régimen militar, como lo había hecho hasta ahora su sector político. Asimismo, su campaña afirmaba, por un lado, la mantención y profundización del modelo de economía de mercado criticando la intervención estatal y política, y, por otro, prometía "resolverle los problemas a la gente".

La importancia de este nuevo estilo radicó menos en su éxito electoral, como lo prueban las cifras que examinaremos, que por un lado, en el nuevo contenido que le dio al discurso de la derecha, y, por otro, en la capacidad de forzar a la candidatura adversaria, especialmente a sus técnicos de comunicación y pese a los esfuerzos del propio candidato Ricardo Lagos consciente que su fuerza venía del sustrato sociológico y político del electorado, a entrar en el terreno de la despolitización y de ofertas y contra-ofertas concretas.

Por otro lado, era evidente que el gobierno de la Concertación había mostrado profundos desaciertos en la conducción política, pese a sus éxitos económico-sociales empañados el último año por los efectos de la crisis asiática y ciertos errores en su manejo. Todo ello dificultaba enormemente el doble papel de Ricardo Lagos como expresión de un nuevo liderazgo en la Concertación que debía a la vez presentarse como la continuidad y el cambio, algo más complejo que la afirmación del simple cambio de Lavín.

El resultado de la primera vuelta

En las elecciones de Diciembre de 1999, sobre un total de poco más de 7 millones de votos, con una abstención muy baja del 10%, Ricardo Lagos obtuvo el 47.9% de los votos. Joaquín Lavín 47.5% y los candidatos restantes 4.5%, llamando la atención la baja de la candidata comunista respecto de la elección presidencial anterior. Entre los hombres, Lagos obtuvo el 50.81% y Lavín el 45.3% y entre las mujeres, Lavín triunfó con el 50.9% contra el 44.1% de Lagos.

La derecha, la campaña de Lavín y los medios de comunicación que apoyaron, difundieron una interpretación de los resultados electorales de la primera vuelta como parte de la estrategia en favor de esa candidatura para la segunda vuelta. Según esta visión, el país ha cambiado radicalmente, en el sentido que se ha "modernizado" de tal modo que los ciudadanos o electores ahora son "más libres", es decir, no votan por posiciones ideológicas y políticas sino que participan en las elecciones como si éstas fueran un mercado y votando por un candidato como si éste fuera un producto. Las opciones del electorado no dependerían más de visiones ideológicas o políticas, ni del pasado o la historia personal o del país, sino de las ofertas y características individuales de los candidatos, que son todos equivalentes. Las elecciones presidenciales, entonces, habrían confirmado, para sus autores, esta visión: la historia comienza ahora, Chile dio vuelta a su pasado, el panorama electoral chileno ha sido borrado, el electorado habría demostrado que no hay mayor diferencia entre un gobierno de la Concertación y la derecha, excepto en eficiencia.

A nuestro juicio, los datos muestran una realidad exactamente inversa. Así, en las elecciones del 12 de Diciembre se repitieron las pautas básicas de comportamiento electoral establecidas en el plebiscito de 1988, que terminó con la dictadura militar de Pinochet apoyada irrestrictamente por la derecha chilena. En efecto, en dicho plebiscito se fijó un panorama electoral bi-polar entre la derecha que alcanzó el 44% y la Concertación que alcanzó cerca del 56%, porcentajes que se repitieron casi exactamente en las primeras elecciones presidenciales post-dictadura, si sumamos los dos candidatos de derecha de aquella época. En las elecciones presidenciales de 1993 se repitió el esquema bi-polar, esta vez con una derrota aplastante de los dos candidatos de derecha que apenas superaron el 30%, un amplísimo triunfo de la Concertación con cerca del 58% y un voto disperso de candidatos alternativos que llegó a cerca del 12%.

En la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 1999, se mantuvo la

bi-polaridad y más del noventa por ciento del electorado votó exactamente igual que en el plebiscito de 1988 o en las primeras elecciones presidenciales democráticas. En términos de los grandes números, las principales variaciones dentro de este esquema básico fueron, primero, la existencia de un candidato único de derecha, re-editando el plebiscito, que aumentó en tres puntos lo obtenido por Pinochet y los dos candidatos de su bloque en 1989, y alcanzando este bloque el porcentaje más alto de la segunda mitad de este siglo, recuperando, de paso, lo perdido en las elecciones de 1993 y, sobretodo, en las elecciones parlamentarias de 1997 (36%). Segundo, la drástica disminución del voto de los candidatos fuera de los dos grandes bloques. Tercero, la disminución del porcentaje histórico promedio de la Concertación. Esto último se explica porque una pequeña parte del electorado del No en el Plebiscito y de Aylwin votó por candidatos alternativos y que otra parte del electorado de la Concertación en otras elecciones habría votado contra ésta esta vez. Cuarto, el electorado tuvo una significativa alteración en su composición en relación a la realidad demográfica del país, por efecto de la inscripción voluntaria, al disminuir el voto joven y aumentar la proporción del voto de mujeres, las que mantuvieron sus pautas clásicas de votación.

Así, hubo continuidad de estas elecciones con el Plebiscito de 1988 y las elecciones presidenciales de 1989. Ningún "terremoto" ni cambio dramático en el panorama electoral de Chile que es, desde la época de la dictadura, bi-polar a nivel de las elecciones presidenciales y combina la bi-polaridad con el multipartidismo en las elecciones parlamentarias y municipales.

Pero, si el electorado votó básicamente según los alineamientos del Plebiscito de 1988, hubo un porcentaje no superior al 10% que puede calificarse de voto fluctuante, es decir, que corresponde a pautas de voto según opciones coyunturales influenciadas por publicidad o campañas mediáticas. Y si aceptamos que la forma particular de modernidad chilena fue siempre a través del Estado, la política y el sistema partidario tendríamos que reconocer que el electorado ha sido desde hace décadas y sigue siendo básicamente moderno porque en forma abrumadoramente mayoritaria vota por opciones y proyectos políticos que distinguen claramente la derecha, el centro y la izquierda, en este caso las candidaturas presidenciales de derecha y de centro-izquierda. Por otro lado, sólo un diez por ciento del electorado en las últimas elecciones presidenciales votó con pautas no clásicamente políticas, es decir, con pautas no modernas. Esto significa que en ese porcentaje del electorado, minoritario pero significativo en los resultados finales de una elección presidencial, se habría producido estrictamente una "des-modernización", es decir, se votaría por opciones inmediatas no vinculadas a proyectos políticos o de sociedad.

Es sólo en este segmento del electorado que la campaña de Lavín fue exitosa porque precisamente fue la más tradicional y menos moderna, aunque apoyada en una tecnología de comunicación muy avanzada, en la medida que apelaba a necesidades e intereses individuales, desligaba las ofertas de una historia, un proyecto o un concepto global y prometía soluciones a todo desde el Estado.

La segunda vuelta y el balance general

Lo previsible, entonces, era que en la segunda vuelta en Enero del 2000, no hubiera cambios sustantivos al panorama de la primera y que Lagos aumentara su ventaja con los votos del electorado que se inclinó en Diciembre por los candidatos alternativos. Lavín continuó con su estrategia de despolitizar el significado de las elecciones presidenciales para descontar la ventaja de su oponente, enfatizando la idea de un cambio que consistía en reemplazar gobernantes y restando significación a los proyectos o visiones en juego. La interpretación de la primera vuelta hecha por sus estrategias, permitió transformar su derrota, es decir, su segundo puesto, en una imagen de triunfo. Por su parte, en el campo de Lagos, sin variar lo central de su campaña, se introdujeron algunos cambios comunicacionales, atenuando cuestiones ideológicas y confrontacionales, e intentando mejorar la performance electoral entre las mujeres y el electorado demócrata-cristiano, lo que llevó en ambos casos a algunas modificaciones en su comando político de campaña.

Así, en las elecciones de segunda vuelta, disminuyó levemente la abstención, Ricardo Lagos obtuvo 51.3% de los votos, el 54.3% entre los hombres y 48.7% entre las mujeres. Lavín, por su parte, obtuvo el 48.7%, 45.7% y 51.3%, respectivamente, volviendo a ganar entre las mujeres aunque por un margen menor. La diferencia de votos entre ambos candidatos, aumentó de alrededor de 30.000 190.000.

Los resultados de la segunda vuelta confirman, en primer lugar, que el país está básicamente alineado en torno a dos opciones que fueron las que se expresaron en el Plebiscito de 1988: el proyecto de derecha y el proyecto de la Concertación. La diferencia entre el Plebiscito de 1988 y estas elecciones es sólo en el porcentaje relativo de cada cual, habiéndose producido un avance de cuatro puntos de la derecha en relación al plebiscito y una disminución correlativa de la votación de la Concertación después de diez años de gobiernos básicamente exitosos aunque con muchas tareas pendientes.

En cuanto a la diferencia de votos a favor del Presidente electo Ricardo Lagos

en la segunda vuelta respecto de la primera, no se debe ni a los cambios en el comando de su candidatura ni a ninguna estrategia publicitaria o comunicacional nueva. Es cierto que estos cambios tuvieron importancia política interna, en la medida que renovaron las energías del conglomerado, afectado por no haber obtenido la mayoría absoluta en la primera vuelta y reforzó el apoyo de Partido Demócrata Cristiano. Pero el resultado electoral se debe mucho más a la mantención de la línea y fuerza política del candidato para asegurar su votación de la primera vuelta y a la percepción, por parte del 4% del electorado de izquierda que no votó por la Concertación el 12 de Diciembre, de la radical diferencia de una presidencia de Lagos en relación a una de Lavín. El leve aumento del porcentaje de Lavín se debe precisamente a que un cierto electorado influido por las estrategias comunicacionales de la segunda vuelta no percibió la diferencia entre ambas candidaturas y se inclinó hacia el candidato de la derecha que había impuesto el estilo y los temas de campaña. Dicho paradójicamente: Lavín ganó la campaña electoral, en la primera y segunda vuelta, porque impuso su estrategia comunicacional de despolitización, y Lagos ganó las elecciones en la primera y segunda vuelta, porque se impuso la politización del electorado chileno y su continuidad respecto de las grandes opciones del país.

El electorado dio un nuevo respaldo a la Concertación para dirigir este país, esta vez con un liderazgo diferente y renovado expresado en Ricardo Lagos, que se ha puesto de manifiesto en la conformación de su gabinete, en los actos de transmisión de mando que privilegiaron el contacto directo con la gente y la dimensión de creatividad cultural masiva, y sobre todo en las primeras semanas de su gobierno: no ha podido en ninguno de estos casos construirse una oposición seria a ellos y la sensación que el Presidente escucha, está al mando y decide, es unánime. El gran mérito de Lagos y de la Concertación es haber cambiado el liderazgo manteniendo una adecuada relación entre continuidad y cambio en la coalición, aunque ello se expresara dificultosamente en la estrategia comunicacional de la campaña. El aspecto crítico de su campaña residió en la incapacidad de repolitizar esa pequeña fracción del electorado que ha cambiado sus pautas de votación, pero que, pese a ser pequeña, es significativa en elecciones a dos bandas para inclinar el resultado en uno u otro sentido.

La votación de la derecha es la más alta desde 1938. Ello se debe básicamente al éxito de Joaquín Lavín de haber proyectado a la derecha fuera de su pasado pinochetista, superando así su fuerza electoral de poco más de un tercio. El aspecto crítico de esta candidatura residió en haber desvalorizado la política, reduciéndola a la resolución de problemas y demandas individuales y coyunturales desde el Estado, banalizando su gran sentido, que es la

construcción de la sociedad deseable.

La gran cuestión post electoral para la derecha era, entonces, si sus partidos serían capaces de asumir el legado de esta campaña y realizar una verdadera mutación democrática o volverían a su rol de "guardianes de la obra del régimen militar". En este sentido, el regreso de Pinochet a Chile, liberado por razones humanitarias de su proceso de extradición a España, en parte debido a la enorme ineptitud en esta materia del gobierno de Frei, fue el momento de mayor significación para que las Fuerzas Armadas intentaran devolverle un protagonismo político al ex-dictador, en la derecha y en el país, protagonismo que había perdido totalmente durante su detención en Londres y el desarrollo de la campaña presidencial. Salvo el escándalo de una ocupación virtual de la ciudad por el Ejército, la torpeza y desconcierto del gobierno y manifestaciones aisladas, a la postre ningún sector de derecha ha manifestado su negativa a que el ex dictador sea juzgado en Chile dejando a las Fuerzas Armadas sin voz y enteramente aisladas en esta materia.

Perspectivas del nuevo gobierno

Se ha dicho que no se eligió el último gobierno del siglo XX sino el primero de siglo XXI. La verdad es que se eligieron ambas cosas a la vez. Porque el próximo gobierno no podrá enfrentar los problemas del futuro sino aborda exitosamente cuestiones que son heredadas del pasado: el juicio y justicia respecto de las violaciones de derechos humanos bajo la dictadura, necesarias para un re-encuentro verdadero del país; la reforma constitucional que asegure un régimen verdaderamente democrático; la regulación de la economía y su control por parte de la sociedad sin alterar su dinámica de crecimiento: la reorientación de éste en función de necesidades de la gente asegurando a la vez el desarrollo ambiental; la reducción de las desigualdades que obliga necesariamente a un proceso redistributivo; el fortalecimiento de la capacidad dirigente del Estado y de su papel protector asegurando a la vez el fortalecimiento de la sociedad y la participación ciudadana; la superación de la banalidad cultural y comunicacional promoviendo la diversidad, generando nuevos espacios de creatividad y estimulando valores éticos de solidaridad. Ello por nombrar sólo algunos de los temas que no estuvieron presentes en la campaña electoral dada la fuerza que adquirió la competencia de propuestas frente a lo que se llamó "problemas concretos".

Ya pasadas las elecciones, el país se dio cuenta que la realidad no son las imágenes comunicacionales y que gobernar no es lo mismo que una estrategia

de mercado o de publicidad. Los problemas reales de conducción de un país son algo mucho más complejo de lo que se llamó "preocupaciones concretas de la gente", las que, además, no pueden enfrentarse sin proyectos ideológico-políticos sólidos y coherentes.

Lo que está en juego hoy es la posibilidad de pensar en un proyecto o tarea nacional, tal como lo fueron el desarrollo desde el segundo cuarto de siglo, las reformas estructurales de los sesenta y setenta o la recuperación de la democracia en los ochenta y principios de los noventa. independientemente de la evaluación que cada uno de esos proyectos y sus resultados nos merezcan. El primer gobierno democrático de P. Aylwin, definió la tarea nacional en términos de "transición a la democracia" y apuntó hacia la idea de un "crecimiento con equidad", manteniendo los equilibrios macro-económicos y buscando corregir los efectos sociales del modelo económico. Asimismo, definió un método de negociaciones y acuerdos puntuales que llamó "democracia de consensos", a nuestro juicio equivocadamente, por cuanto no cristalizó institucionalmente ningún consenso básico. Pero, en todo caso, cualquiera sea la crítica que se haga a estas definiciones por parciales o insuficientes, hay que reconocer que metas y orientaciones hubo y que, en términos de ellas, el gobierno avanzó relativamente. En cambio, hay que reconocer también que durante el segundo gobierno de la Concertación, hubo una muy buena performance económica hasta 1997, pero en materia de proyectos y orientaciones, de metas que movilicen energías sociales y culturales, el país ha ido a la deriva, sin una brújula compartida y, por lo tanto, sin conducción política.

En Chile, al igual que en otros países del continente, el simbolismo del fin de siglo se corresponde con el fin de un modelo socio-político. Si en América Latina en los ochenta y noventa existió algún modelo o proyecto o, al menos, sólo un imaginario o un mito al respecto, ello fue lo que se llamó "la doble transición a la democracia y a la economía de mercado", que reemplazaba a los proyectos nacional-populares o populistas, desarrollistas, revolucionarios o autoritarios de otras épocas. Precisamente lo que se ha agotado es este modelo o mito de "doble transición".

Por lo tanto, en Chile, el gobierno de Lagos puede marcar un giro, es decir, ser una oportunidad para plantearse qué país se está construyendo y puede construirse. Y la respuesta afectará en parte la vida de, al menos, dos o tres generaciones.

En efecto, ya no puede sostenerse que aún se esté en transición a la democracia,

dato que el sistema institucional parece consolidado. Pero, como lo que está consolidado es una democracia incompleta o una semi-democracia, lo que cabe es una reforma política muy profunda que haga de este régimen una verdadera democracia política, es decir, que traduzca en instituciones legítimas, estables y dinámicas, los principios éticos de la democracia. Por otro lado, está agotado, como base de un desarrollo nacional integrado y auto sustentable aquí y en todas partes del mundo, el modelo de economía de mercado neoliberal o "modelo privatizador". Si alguna duda había de esto a nivel mundial y para el caso chileno, la crisis asiática, en el primer caso, y la de la energía 1998 en Chile, por señalar sólo dos ejemplos muestran cómo el libre juego del mercado no sólo desintegra las sociedades sino que es también absolutamente ineficiente en términos de sus propias metas. Un modelo alternativo, diferente para cada país, consiste en devolver al Estado, a nivel nacional y de los bloques supra nacionales, un rol dirigente en el desarrollo, establecer marcos normativos regulatorios sobre las fuerzas del mercado y asegurar el control ciudadano sobre tales marcos y fuerzas. En otras palabras, reconociendo que política y economía son cosas distintas y autónomas, se trata también de introducir -obviamente con mecanismos e instituciones distintos a la política- los principios éticos de la democracia en el funcionamiento de los mercados.

No hay nadie más capacitado en Chile para enfrentar esta tarea que el Presidente electo y la Concertación. Pero aquél deberá ejercer muy claramente su liderazgo priorizando estos temas y ésta deberá realizar una refundación de sus bases programáticas e ideológicas rescatando todo lo valioso de la construcción de estos años, pero también superando todas sus limitaciones.

Una responsabilidad especial cabe a la oposición, debido al actual sistema institucional que le da un poder de veto político exacerbado. Si, como mostró Lavín en el discurso de la campaña presidencial, la derecha es capaz de abandonar las posiciones obcecadas ligadas al pinochetismo, entonces podrá mantener ese electorado que logró capturar. De lo contrario volverá a ser una minoría sin otra significación que la que le da un sistema político heredado de la dictadura. No hay mejor oportunidad para que la derecha muestre que es una fuerza política con proyecto democrático.

La opinión pública mostró un alto nivel de comprensión y adhesión al liderazgo de Lagos, y éste lo asumió claramente marcando las prioridades en las cuestiones de crecimiento y empleo, solución de problemas inmediatos en el campo de la salud, al mismo tiempo que tomando medidas de alto contenido simbólico social y cultural, como la apertura del Palacio de La Moneda al

público. Su mensaje a las Fuerzas Armadas ha sido firme y se ha comprometido con que los Tribunales hagan justicia en materia de derechos humanos violados bajo la dictadura. En este clima, el desafuero de Pinochet luego de su regreso de Londres, marcó un hito fundamental en el posible término de la impunidad, el comienzo de la justicia y la posibilidad de reconciliación real. Asimismo, el resultado de la Mesa de Diálogo abierta en la época de Frei y que convocó a abogados de derechos humanos, representantes de gobierno los militares, las iglesias y del mundo intelectual y cultural, implicó un atisbo de reconocimiento implícito de las Fuerzas Armadas de los crímenes cometidos por ella y avalados por la derecha bajo la dictadura.

Por otro lado, el Presidente ha vuelto a poner en la discusión la necesidad de una Constitución verdaderamente democrática, desencadenado un proceso para su reforma, aún cuando los resultados sean inciertos. Debe reconocerse que, tanto el ex-candidato Lavín como el conjunto de la derecha participaron, a veces con reparos menores, del clima generado por el nuevo Presidente y habían manifestado su voluntad de discutir las reformas que terminarían definitivamente con el pinochetismo institucionalizado heredado de la dictadura. Sin embargo, los dirigentes de los dos partidos de derecha han sido ambiguos en esta materia: inicialmente condicionaron la discusión de las reformas constitucionales anunciadas por el Presidente, a la resolución política del caso Pinochet y de la cuestión de derechos humanos, volviendo en esto a su tradicional posición previa a la campaña presidencial, y, posteriormente han aceptado la desvinculación de estos temas y negociar separadamente las reformas constitucionales. Sin embargo, han vuelto a endurecerse con el desafuero a Pinochet, el surgimiento de denuncias de indemnizaciones indebidas en la administración Frei y la proximidad de las elecciones municipales.

Más allá de las actitudes de la oposición, el primer tiempo del gobierno de Lagos, revela, a la vez su capacidad de liderazgo y de estadista, pero al mismo tiempo una doble situación problemática: la dificultad de vincular las políticas de gobierno a un proyecto histórico que el Presidente tiene muy claro pero que sus asesores y equipos y las dificultades que encuentra la Concertación en asimilar ese proyecto histórico enredándose en conflictos menores y disputas internas.